

diante el trabajo, el deseo que pronto van á satisfacer, de tornar á su pacífica morada, donde gustarán las delicias de la familia, y tal vez la esperanza de mejorar de condición para proporcionar una existencia menos penosa á sus hijos.

¡Oh! bien haya el que inspiró á los hombres del campo la idea de juntarse diariamente para llorar ó bendecir! ¡Bien haya el corazón piadoso que inventó tan inocente y suave melancolía! ¡Y bien haya mil veces el humilde religioso, P. Margil de Jesús, que al introducir esta costumbre entre los labradores, les enseñó el modo más adecuado y bello para pedir al cielo favor, ó para significarle su reconocimiento por medio de un canto tierno y sencillo, que es al mismo tiempo un himno y una plegaria!

V. En estos momentos
Sí, el P. Margil fué el inventor del alabado que, como ha dicho muy bien un escritor, es nuestro verdadero canto nacional.

Entonábalo al entrar en los pueblos, y así publicaba su misión; así anunciaba que el enviado por Dios ponía las plantas en aquellos lugares, y que bien pronto iba á hacer resonar la palabra de vida.

Descalzo y sin más armas que el Crucifijo recorrió con el P. López, religioso de la misma orden y su inseparable compañero, gran parte de la provincia antes mencionada. Pasó despues á Tabasco, y á Ciudad Real; en seguida á Guatemala y á todos los pueblos de la costa y sierra que dan al mar del sur, á la Talamanca y á los térrabas, á la provincia de la Vera Paz, á las montañas donde habitan los apóstatas choles del Manché y al país de los indómitos lacandones.

En todas partes se atraía las voluntades por medio del ejemplo y de la predicación: su presencia era la de un mensagero de paz y caridad y dejaba al ausentarse el germen de las buenas costumbres juntamente con la memoria suavísima de una virtud acrisolada.

Los pueblos por su parte acogian á los ministros del Evangelio con vivas demostraciones del más puro entusiasmo. "Conmovianse (dice el P. Espinosa, biógrafo de nuestro Margil.) los circunvecinos pueblos con tal extremo, que sucedió tal vez congregarse por los caminos cuatro mil indios, saliendo desalados de sus chozas, por acompañar á estos dos varones memorables. Quisieran demostrar lo crecido de su afecto y veneración, y desgajando verdes ramas de los árboles, las llevaban en las manos muy festivos: y por la multitud frondosa que se movía, pudo parecer, ó que se trasladaban de una á otra parte las selvas, ó que, como se le representaron al ciego del Evangelio, caminaban los hombres como los árboles. Afligianse los humildes misioneros con demostraciones tan extrañas, y á fuerza de ruegos, persuasiones y amenazas cortaron el hilo á estos piadosos escesos, protestando no saldrían de los pueblos hasta que arrojasen al campo las ramas por obviar semejantes emulaciones en los vecinos.

VI. Sin embargo, no en todos los lugares que visitaron durante su peregrinación apostólica, tuvieron igual acogida. Poblaciones hubo entre infieles donde al entrar eran saludados con una lluvia de piedras y saetas, salvando la vida por uno de aquellos sucesos, cuyo secreto se reserva la Providencia.

Predicando entre los salvajes de la Talamanca llegaron á una ranchería, donde maltratados de mil maneras á cual más punzantes estuvieron á punto de ser matados de hambre; entre los lacandones iban á ser pasto de aquellos canibales; y puede afirmarse sin exageración, que sus peregrinaciones entre los gentiles fueron un continuo peligro, llegando hasta el extremo de que, hipócritamente obsequiados en algún palenque (aduar de los naturales) con varias frutas, recibieron oculto en ellas un fatal veneno, de cuya acción, no obstante, se vieron milagrosamente libres. Asegúralo así el mismo P. Margil en una carta, en que ha-

tro poco antes de sus predicaciones, le esperaba la muerte.

IX

Este último viaje se verificaba hacia fines del mes de Julio de 1726. El 6 de Agosto del mismo año, el venerable religioso pasó á mejor vida.

Pintar las circunstancias de su fallecimiento, es tarea inútil: su muerte fue la muerte del justo.

Al anuncio de este doloroso suceso, la capital se conmovió como herida de una calamidad repentina, y nadie se mostraba dispuesto á creer lo que realmente había pasado en la celda de que hablamos al principio. Una de las mas tristes ilusiones del hombre es imaginarse que el bien ha de ser eterno en la tierra.

Acudían todos al convento de San Francisco á tributar el último homenaje de respeto y gratitud á unos restos queridos, que pronto iba la tierra á esconder en su seno. El cuerpo del digno misionero fué espuesto en la iglesia á la admiración pública. Llamaban la atención por su hermosura el rostro, modestamente inclinado hácia el pecho, y los pies, que sellaba la piedad con mil ósculos, bañándolos en llanto; aquellos piés siempre prontos á caminar adonde había desgraciados á quienes dispensar consuelo, y que descalzos no habían temido hollar las sierras más ásperas de México y Guatemala.

Asistieron al funeral el virey, la audiencia, los tribunales, la clerecía, y en una palabra, todo lo más florido de la sociedad mexicana y todos aclamaban por santo al venerable Margil, todos pregonaban á voces las virtudes en que más se había señalado; y eran estas manifestaciones tan espontáneas y entusiastas, que habían bastado en los primitivos tiempos de la iglesia, para canonizarle.

Los condes del Valle de Orizaba, D. José Hurtado de Mendoza y D.^a Graciana Vivero, cedieron para sepultura del venerable cuerpo una bóveda que poseían bajo el presbiterio, al lado que llaman del Evangelio.

He aquí la inscripción que entre láminas de estaño se dejó encerrada en el sepulcro.

Hic jacet sepultus V. Servus Dei

P. F. Antonius Margil Missionarius,

Prefectus et Guardianus

collegiorum de propaganda fi-

de Sanctae Crucis de Querétaro,

Sanctissimi Crucifixi de Guate-

mala, et Sanctae Mariae de Gua-

dalupe in hac Nova Hispania erec-

torum: fama utique virtutum, mi-

raculorumque illustri:

obiit in hoc percelebri

mexicano conventu

die VI augusti anno

Dni M. D C C. XXVI.

Traducida la anterior inscripción, es como sigue:

"Yace aquí sepultado el venerable siervo de Dios fray Antonio Margil, misionero, presidente y guardián de los colegios de propaganda fide de la Santa Cruz de Querétaro, del Santísimo Crucifijo de Guatemala, y de Santa María de Guadalupe fundados en esta Nueva-España; varón en gran manera ilustre por la fama de sus virtudes y milagros. Murió en este insigne convento de México—el día 6 de Agosto del año del Señor de 1,726"

X.

Difícil es encerrar en los estrechos límites de una inscripción el relato de los hechos notables y de los rasgos característicos de un hombre virtuoso, pero en la que acabamos de leer, no solo se nota esa falta por los términos generales en que está redactada, sino que se omitió en ella precisamente lo primero y más bien dicho, lo único que debía haberse expresado. Háblase vagamente de virtudes y milagros, y no se llama la atención hácia el distintivo de nuestro héroe, el espíritu altamente evangélico de que estaba animado, que le hacía arrostrar con frente serena los mayores.

peligros por llegar á su objeto, y en virtud del cual ejecutaba hechos que se pueden poner en parangón con los de los primeros apóstoles.

¿Será que esta prenda, verdaderamente singular en aquel tiempo, no fuese estimada en todo su valor? ¿Se creería acaso que la vida de un religioso no podía emplearse de una manera más digna que administrando sosegadamente los sacramentos en los templos de las ciudades?

No, sin duda; y la prueba es, que el venerable Margil fué objeto en vida y muerte de las más vivas simpatías, y que su memoria ha sido honrada hasta nuestros tiempos con todo el amor y veneración que se tributa á los varones beneméritos; se ha tratado de su beatificación, según veremos después; han escrito su biografía plumas tan gallardas como las de los PP. Espinosa, Villaplana, Arricivita, y el P. Fray José M. Guzmán, postulador de la causa de beatificación y canonización del mismo venerable Padre, quien mandó imprimir un extracto de su vida, escrito en italiano, en Roma en la imprenta de las Bellas Artes en 1836. 4º y además Larrañaga le ha cantado en versos latinos, pues tal es el asunto de la *Margileida*, y el Lic. D. José M. Moreno, ilustre Queretano, en una oda.

Ahora bien, si tanto amor, si tanto entusiasmo ha escitado en los corazones de seglares y eclesiásticos, ¿cómo es que su vida ha tenido tan pocos imitadores? ¿qué obstáculo invencible se ha presentado para que siguiesen sus huellas tantos regulares que verdaderamente eran dignos y capaces de esa gloria?

El espíritu del siglo actual, dicen algunos, todo lo corrompe y envenena; es un viento helado y asolador que estingue las más nobles aspiraciones y sofoca en germen los más valientes impulsos: esta es la causa principal de la decadencia de los institutos monásticos.

Pero ¿qué tiene que ver el espíritu del siglo con unos hombres que se apartan del mundo precisamente para contrariar con sus doctrinas y ejemplo la influencia de ese mismo espíritu que suponen tan dañado? ¿ó es otro el objeto de la vida del claustro? ¿Ha

sido diverso respectivamente en tiempos anteriores? ¿No es un hecho que el mal siempre ha existido, y que á combatirlo es á lo que se han consagrado en la antigüedad los filósofos y después los discípulos de Jesús, mayormente los que como religiosos, han adoptado una vida mas austera? ¿Y no es también un hecho que estos divinos atletas han triunfado? ¿Por qué no pudo suceder lo mismo en nuestros días?

Luego el espíritu del presente siglo, dado que se le identifique con el mal, no es la barrera incontrastable que se opone al desarrollo de la acción del bien, y por lo mismo de las virtudes apostólicas.

Otro ha sido el adversario de ese desarrollo, y es, la falta individual y colectiva de perseverancia en el fervor primitivo; eso es lo que nota y censura el espíritu del siglo, tan mal comprendido y calumniado, y eso es lo que deploran los hombres pensadores y con ellos toda la sociedad y aun la misma Iglesia de Jesucristo.

Si, la sociedad, animada de las ideas filosóficas reinantes, anhela, exige que las instituciones llenen su objeto y no sean una mentira sistemada; exige que los hombres que hacen profesión de virtud y heroísmo, sean realmente héroes y virtuosos, y la Iglesia exige de ellos el cumplimiento del precepto del Salvador, *sed santos como lo es mi padre celestial*; pues de otra manera, también exige que desaparezcan de su seno, porque eso está en el orden invariable de las cosas, según la sentencia del Evangelio: *árbol que no dá fruto será quemado!*

No negaremos que la cooperación eficaz del gobierno á las empresas apostólicas sería de alta importancia para obtener buenos resultados; pero jamás concederemos que sea necesaria ó indispensable, y antes bien podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que los viajes más fructuosos de los misioneros han sido los que realizaron sin protección de ninguna clase, llevados solo del ardiente celo que los impulsaba y entregados enteramente al cuidado de la Providencia. Buena prueba de ello nos suministra el P. Margil, quien ade-

más siempre esquivó en su bienhechora carrera ayudarse del poder humano. Con este motivo, y para concluir, referiremos un caso notable de su vida.

Emprendida por él, como dijimos, la conversión del Nayarit, le escitó la real audiencia á que propusiera los medios mas aptos para civilizar aquellas tribus bárbaras, á lo que él respondió:

"Los que se me ofrecen son á mi ver los más propios para la suave introducción evangélica y los que Su Magestad, en sus leyes, tiene establecidos para convertir y reducir, disponiendo que siempre preceda la paz evangélica y los más suaves de la persuasión. Siendo del agrado de esa real audiencia, entraré por aquel rumbo, como tengo intención, con solo un compañero, predicador misionero, de nuestro colegio de Guadalupe á la Sierra, sin escolta ni cuidado de armas."

¿No os parece escuchar el razonamiento de un discípulo de San Pablo? El espíritu del venerable fundador del Colegio de Guadalupe se conservó ileso entre sus hijos los religiosos de aquel plantel hasta su extinción ¡Lorado sea Dios!

XI.

Dos palabras más.

Los restos del Padre Margil fueron exhumados con autoridad apostólica en 10 de Febrero del año de 1778: en el de 1861, á 2 de Abril cuando ya la mano de la destrucción desmantelaba la iglesia y claustros del convento de San Francisco, eran trasladados á la Catedral por los religiosos Fr. Amado Montes, Fr. Buena-ventura Merlin y Fr. Luis Ogazón, acompañados del Lic. D. Luis Rivera Melo, jóven de ideas progresistas, y de grandes esperanzas para la literatura. El cuerpo del venerable sacerdote iba encerrado en una caja de madera, forrada de piel roja y con tres cerraduras. Quedó depositado en la capilla de la Virgen de la Soledad.

Si la afición á las virtudes del héroe cristiano pretende corroborar más la memoria que de él anida en nuestras almas, guárdese de estampar en esa caja

una pomposa inscripción: recuerde tan solo, y este será el mejor epitafio, las palabras que el santo misionero profirió en una ocasión solemne, y que tan bien revelan su desprendimiento de cualquier otro afecto que no fuese el de la virtud: "*No tengo mas padre y madre que Jesucristo.*"

XII.

El cronista Arricivita escribe así. "La noble ciudad de México, después de haberse esmerado en honrar las virtudes del V. P. Fr. Antonio con los más relevantes honores y muestras de veneración que pudiera ejecutar para desempeñar su cristiano zelo si hubiera muerto en su suelo alguno de los Santos que se veneran en los Altares, se quiso gratuitamente constituir en la obligación de poner todos los más eficaces esfuerzos, diligencias y empeños para conseguir las informaciones preparatorias de sus virtudes y prodigios concernientes á la Beatificación que todo el Reyno desea. A este intento dedicó á la sagrada Congregación, de Propaganda Fide el Sermón de Honras del V. Padre, y le testifica, como Cabeza de toda esta América, las aclamaciones de Santo que en toda ella le daban, sin ser posible acallarlas, con otras expresiones propias de su piedad religiosa."

Para promover con la debida eficacia sus generosos oficios, escribió también á la Magestad de nuestro Rey y Señor, suplicándole se sirviese de dar Cartas de favor y empeño que auxiliasen la Causa, para que si fuese dable, se expidiese el Rótulo para comenzar las diligencias de verle algún día en los Altares. En consecuencia de tan poderosas postulaciones, se expidieron en Roma las Comisiones y Remisoriales, por las cuales se han efectuado los procesos en las principales Ciudades de este Reyno y del de Guatemala, los que por ser tantos, tan prolijos, y en tan distintos Países, han necesitado de una demora mas espaciosa que la que el favor y piedad quisiera; pero en su legítimo curso se remitieron á la sagrada Curia, de la que solo se ha producido la translación del cuerpo del

ciendo mérito de este hecho, refiere que admirados los intérpretes les hablaron cierta vez de esta manera: "Padres, los indios dicen, si sois dioses? porque os han dado veneno en la comida, y no os morís."

Los dignos misioneros, entretanto, correspondían á esta conducta malqueriente con la mansedumbre y caridad que son el distintivo de los verdaderos apóstoles. Ajenos de ese celo indiscreto en que arrian algunos frailes del siglo décimo sexto, no entraban en los pueblos de idólatras destruyendo los torpes objetos que adora la superstición: empezaban su bienhechora conquista procurando alumbrar los entendimientos con la luz de las eternas verdades y sembrar en los corazones el amor de Dios y de los hombres; proseguían su obra desarraigando malas costumbres y corrigiendo vicios, especialmente el de la embriaguez á que son tan dados los indios, y la coronaban felizmente algunas veces haciendo deponer á los bárbaros la vida en los montes y reduciéndoles á formar poblaciones regulares, para lo cual les patentizaban la miseria de la condición aislada y beligerante, y las ventajas de la vida civil y cristiana.

Una vez alcanzado este triunfo; que cuadros tan risueños los que representan á los néofitos dirigidos y aleccionados por los discípulos de Jesús! Para establecer las poblaciones elegían estos por lo regular los valles dilatados y enriquecidos con todos los dones de la naturaleza: formaban la planta correspondiente, trazando calles y señalando los sitios donde se proponían edificar iglesias; procedían luego á la formación de ellas y de las chozas destinadas á los habitantes; y era de ver la animación, el entusiasmo, el afecto con que se ejecutaban todas estas obras, siendo los misioneros no solo directores, sino de los primeros en contribuir á ellas con su trabajo físico. La actividad de los nuevos pobladores podía significarse propiamente con una imagen mil veces empleada en casos como este por los escritores griegos y romanos, con la que presentan las abejas al construir su panal.

«Toda la fábrica de estas iglesias era pajiza

(dice el biógrafo antes citado:), compuesta de jarales y troncos, y adornados los altares con estampas y vitelas, formándoles sus tábernáculos de cañas y florones de diversas plumas: las colgaduras eran de esteras bien tejidas, y estas eran las preciosas alhajas que les ministró á los religiosos en aquellos desiertos su recamarera la santa pobreza. El ornamento lo cargaban consigo, que por ser único les servía en todas partes, y para que uno dijese misa, esperaba, ayudándole de ministro, el otro. Para este sacrificio conservaban unas sandalias de una suela y no les servían mas en todo el día, porque en toda su peregrinación llevaban los piés enteramente desnudos."

Pero si bien es cierto que este desabrigo les parecía natural y consiguiente á su estado, y por lo mismo, no solo llevadero, sino apetecible para más asemejarse á los primeros apóstoles, también lo es, que para las pobres chozas que con el nombre de iglesias habían fabricado y destinado al culto, anhelaban alguna más decencia de Guatemala, cuyo pasaje relativo vamos á trasuntar en seguida:

"La mucha caridad (dicen) que U. S. hace á nosotros, mandando á sus ministros, que todo lo que pidamos por nuestras firmas lo provean de las arcas reales de su magestad, sea por amor de Dios; pero nosotros, por la misericordia del Señor no necesitamos de firmar cosa alguna, porque siendo Dios nuestro Señor servido, con estos hábitos que sacamos del colegio, hemos de volver á él: y en cuanto á la comida, así entre cristianos como entre gentiles no nos ha faltado lo necesario, y tenemos esa fé en el Señor, que jamás nos ha de faltar; aunque es verdad que en todas estas naciones no hay más comidas que plátanos, yucas y otras frutas cortas, y algún poco de maíz; y en la Talamanca un poco de cacao: pero el afecto con que nos asisten en estas cosas, hartas veces nos ha enternecido el corazón, y en todo esto no hemos hallado menos las comidas de otras partes. Pero para las iglesias son necesarias hechuras de los titulares y ornamentos, á lo menos según los ministros hubieren de entrar, y

que uno y otro se provea de Guatemala, ó donde á U. S. mejor le pareciere, porque en Cartago cualquiera cosa se vende muy cara."

Acaso las poblaciones que tuvieron por fundadores á estos religiosos insignes, son en el día villas y ciudades florecientes; acaso muchas de ellas, sin salir de su oscuridad, han desaparecido del mapa. De todos modos, su existencia en el mundo ó en las páginas de la historia es un monumento imperecedero que da testimonio del espíritu benéfico y civilizador que animaba á los dignos obreros del cristianismo.

VII.

Empleando el P. Margil su vida de esta manera tan fructuosa y estando un día en el pueblo de Dolores, situado en la montaña del Lacandón, recibió carta del R. P. Comisario general en que le ordenaba, partiese inmediatamente á Querétaro á desempeñar el cargo de guardián del colegio de la misma ciudad, para el que había sido electo un año antes.

Púsose luego en camino, y á mediados de Abril de 1697, un viandante notició á los religiosos del expresado colegio haber dejado algunas leguas atras en la via que conduce de México á Querétaro á un fraile, que, según las señas que dió de él, no podia ser otro que Fr. Antonio Margil de Jesús.

Era él en verdad, en la tarde del lunes 22 del propio mes, salieron á encontrarle á estramuros la comunidad y casi toda la población en tumulto. Iba el humilde fraile con el rostro tostado del sol, el hábito remendado, el sombrero, que correspondía al vestuario, colgado á la espalda, y en la cuerda pendiente una calavera que le servía en los sermones. Aunque durante su peregrinación apostólica había traído los piés siempre desnudos, quiso en esta vez no mostrarse escesivamente austero, y calzaba esa especie de sandalias groseras que usan los naturales, formadas de una suela de cuero crudo, que tan solo abrigan la planta del pié, y que se llaman *huaraches* en unos pueblos y en otros *cacles*.

Los repiques de las campanas de toda la ciudad anunciaron la entrada de la comitiva, en medio de la cual iba el apóstol con semblante modesto y lleno el pecho de gratitud por un recibimiento que él conceptuaba inmerecido. Al llegar á la iglesia del colegio, entonó la comunidad el *Te Deum laudamus*, y dió fin á aquel acto el venerable padre con una breve plática que dejó edificado á todo el concurso.

VIII.

Por tres años gobernó con sabiduría á la grey encomendada á su cuidado, y despues de haber desempeñado en el mismo colegio los oficios de presidente *in capite* y vicario, pasó de nuevo á Guatemala por mandato del superior y llamado del gobierno, para restituir la paz á los corazones de muchos que turbaban el sosiego público con sediciones.

Su viaje fué un ejercicio continuo de caridad y enseñanza evangélica, y como dice el biógrafo que antes citamos, «en tan dilatado camino iba haciendo lo que el sol, á quien llamaron corazón del cielo, que no se movía sin ir comunicando calor lucidos rayos y benignas influencias, dejando en cada posada, ciudad ó pueblo, estampado un beneficio.»

Llegado á Guatemala, y habiendo cumplido satisfactoriamente con el objeto á que le llamó la obediencia y el deseo de contribuir al bien de los pueblos, funda un colegio de su orden en la ciudad; parte en seguida á nuevas misiones entre pueblos ya convertidos al cristianismo, pero ciegos todavía con algunas creencias supersticiosas; vuelve á ponerse en camino para su colegio de Querétaro; pasa despues á fundar el colegio de Guadalupe de Zacatecas; emprende la conquista del Nayarit para el Evangelio; inténase con el mismo objeto hasta la provincia de Tejas; y finalmente, despues de lograr los mismos bienes entre los infieles del septentrion que entre los del medio dia, nos le encontramos en camino de Querétaro para México. Venia gravemente enfermo, y en esta ciudad tea-